

Alberto del Castillo: «Cataluña en el Santuario leonés de la Virgen del Camino», *Diario de Barcelona*, 5 de octubre de 1961

En el año 1500 nacía en Gante el príncipe Carlos, hijo de Felipe de Austria y de doña Juana la Loca, que había de ser Carlos I de España y V de Alemania. Por línea materna, de sus abuelos Fernando e Isabel, heredaría respectivamente los estados de la Corona de Aragón y los dominios mediterráneos de la misma y la Corona de Castilla y sus dominios africanos y ultramarinos. Por línea paterna los dominios de la Casa de Austria, Flandes, el Artois, el Franco-Condado, el Charolais y derechos sobre el Condado de Borgoña. Ningún monarca de su tiempo le igualaría en poder. En 1517, llegó a España procedente de Flandes. Su política absolutista, sus exigencias de dinero y la conducta de su séquito flamenco originarían la guerra de las Comunidades en Castilla y el movimiento gemelo de las Germanías de Valencia y Mallorca. Europa se hallaba en un momento de transformación extraordinariamente delicado. Amenaza de los turcos, incrustados en el corazón de Europa, por el Este y el Mediterráneo; rivalidad de Francisco I de Francia a la supremacía europea, e inquietudes reformistas religiosas mal acalladas en tiempos anteriores. En 1517, el mismo año en que Carlos I desembarcaba en España, el fraile agustino Martín Lutero plantaba las bases de la Reforma protestante al fijar en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus tristemente famosas tesis contra las indulgencias.

Mientras estos acontecimientos hacían presagiar una época de intensas convulsiones y mientras las riquezas que empezaban a llegar de Ultramar acelerarían la transformación de la economía y el Renacimiento cambiaba el pensamiento, el arte y la ciencia, a pocos kilómetros de León, junto el Camino de Santiago, se le aparecía la Virgen a un pastor de Velilla de la Reina.

Cuenta la tradición que le dijo: «Ve a la ciudad y di al Obispo que venga aquí y coloque en lugar decoroso esta imagen, la cual mi Hijo ha querido que aparezca en este lugar para gran bien de esta tierra». Y añade que, ante el temor del pastor de no ser creído, le pidió la honda que llevaba en la mano y arrojando con ella una piedra añadió: «Di al Obispo que venga y encontrará esta piedra tan grande que será señal de que yo te envío, y en el mismo sitio que estuviere, es voluntad de mi Hijo y mía que se coloque mi imagen». Así fue hecho. Se construyó una ermita, en pie todavía. Y luego el santuario donde desde entonces se venera la Virgen del Camino, patrona de León, Dolorosa de principios del siglo XVI, con trono de plata, que contó y cuenta con innumerables devotos. Saqueado el santuario por las tropas napoleónicas, entró en profunda decadencia. Pero en 1905 se fundó en León la «Hermandad de la Virgen del Camino» que animó el culto y la devoción a la Virgen. En 1930 era coronada como patrona de la región leonesa.

El antiguo santuario, tal como había llegado hasta nosotros, era un edificio viejo, desprovisto de valor artístico. En 1954 se construyó la Fundación Virgen del Camino, cuyos patronos, D. Pablo Díez Fernández y D.^a Rosario Guerrero de Díez, han hecho posible con su munificencia, la construcción en aquel lugar de una serie de edificaciones puestas bajo el cuidado de los Dominicos. Comprenden el nuevo Santuario, la Casa de Ejercicios para intensificar la devoción a la Virgen, escuelas para niños y el Colegio Apostólico de Padres Dominicos, seminario de Frailes Predicadores con capacidad para 500 alumnos internos. En una palabra, se ha creado un gran núcleo religioso, centrado en la devoción a la Virgen y en la defensa y propagación de la fe.

Siguiendo la línea iniciada en el convento de Arcas Reales de Valladolid y más recientemente en el de Alcovendas de Madrid, los Dominicos quisieron hacer una obra de acuerdo con el gusto de nuestro tiempo. El 5 de septiembre pasado fue inaugurado el nuevo Santuario. Asentado sobre la base del viejo, conserva en su mismo lugar el camarín de la Virgen, cuyo altar y retablo no se movieron durante la construcción del Santuario actual. La arquitectura del Colegio Apostólico y después la del Santuario fue encomendada al joven arquitecto dominico Fray Francisco Coello de Portugal. Está constituido por una nave rectangular, de 50 metros de largo por 16 de ancho, cuyo techo va ganando altura según se acerca al altar, sobre el cual se levanta un gran lucernario que ilumina el retablo barroco del camarín de la Virgen, sito detrás del presbiterio. Unido a él está la sala de exvotos, donde se guardan las reliquias, ofrendas y tesoros del Santuario, que junto con la sacristía forman un pequeño y delicioso claustro. Atrevido en el simplísimo interior de la iglesia es el coro, gran voladizo de cemento armado, sin apoyos sobre la nave, con capacidad para 500 personas sentadas.

Los dos cuerpos superpuestos del templo están rematados por una esbelta torre-campanario de hormigón armado, en forma de aguja, de 55 metros de altura, rematada por una cruz que destaca, con la gran mole blanca del edificio, en el estepario paisaje. El conjunto está rodeado por un pórtico. Por último unos jardines y una escalinata aíslan la edificación y la separan de la carretera de León a Astorga.

El arquitecto ideó el edificio de una extrema simplicidad de líneas y planos, pero quiso dotarlo de gran riqueza escultórica. En 1959 se convocó un concurso por invitación para escoger el escultor encargado de este aditamento capital. Fueron invitados prestigiosos escultores de vanguardia de Madrid y del Norte de España y con ellos el barcelonés José María Subirachs, quien fue el ganador. El lector recordará su intervención en la iglesia de los Hogares Mundet, su relieve *Tablas de la Ley* sobre la puerta de la nueva Facultad de Derecho, y la escultura abstracta *Evocación marinera* en el Paseo Nacional de la Barceloneta. He aquí, pues, como un artista barcelonés ha intervenido en forma decisiva en este templo, una de las maravillas del arte religioso español

contemporáneo, entre León y Astorga, ciudades a las que a finales del siglo pasado fue invitado también otro artista catalán, Antonio Gaudí, el cual dejó en ellas las únicas muestras de su genio arquitectónico fuera de Catalunya.

Es nuestro joven maestro autor de las esculturas de la fachada principal y de las cuatro puertas del templo, todo en bronce, del gran Cristo del mismo metal en la capilla del Camarín, del Cristo del altar mayor y los de los altares laterales. Suyos son igualmente los ambones en mármol negro decorados con relieves, la pila del agua bendita y el altar mayor también en mármol negro. Y el sagrario, los candelabros, los ciriales y Cruz procesional y las lámparas de bronce que iluminan a modo de hachones el Camarín.

Otro artista barcelonés ha intervenido en el nuevo Santuario: el pintor Alberto Ráfols Casamada, autor de la vidriera abstracta en colores, de 105 metros cuadrados, en la fachada principal, realizada en el taller del vidriero Loire, de Chartres.

La decoración escultórica más monumental de Subirachs se halla precisamente en esta fachada. El tema es el Pentecostés. Las trece figuras de los Apóstoles y la Virgen y las llamas del Espíritu Santo sobre sus cabezas, miden casi seis metros cada una. El peso de cada figura es de 700 kilos. Estas cifras pueden de por sí dar idea de su grandiosidad. Escogió el estatuero el tema del Pentecostés porque tratándose de un santuario mariano era obligado un asunto de la vida de la Virgen; porque estando servido por una comunidad de religiosos era oportuno colocar la Virgen rodeada por la comunidad de los Apóstoles, y porque teniendo la fachada por fondo una vidriera había que dejar filtrar la luz, cosa que no hubiera sucedido con un tema más unitario.

En el centro la Virgen, fina y espigada como una imagen gótica, a un nivel superior que los Apóstoles, como elevándose hacia lo alto, con la paloma del Espíritu Santo. De izquierda a derecha los Apóstoles están representados con el símbolo más característico de su vida por este orden: Matías, guarda entre sus manos una piedra recordando que fue lapidado; Felipe, con una cruz y los peces por haber asistido al milagro de los peces y los panes; Mateo, con el libro de su Evangelio; Tomás, con la lanza de su martirio, mirando a la llama del Espíritu Santo recordando su incredulidad; Santiago el Mayor, con el cuerpo de conchas de peregrino, señala con la mano hacia Santiago, y Juan, que lleva el cáliz del Apocalipsis y está al lado de la Virgen por ser «hijo» suyo.

Al otro lado de la Virgen, Pedro bendiciendo con la mano derecha mientras en la izquierda lleva la llave, símbolo de guardián del Cielo; Andrés, cuya composición, forma la cruz en aspa de su martirio; Bartolomé, con el torso desnudo y despellejado y con el cuchillo con que le mataron; Santiago el menor, primer obispo de Jerusalén, vistiendo la capa solemne, sosteniendo el báculo de su dignidad episcopal; Judas Tadeo, con el hacha de su martirio, y Simón, que lleva la sierra con que le cortaron en pedazos.

Más que por su escala gigantesca impresionan estas figuras por su solemne estatismo, por la fuerza fascinadora de su espíritu, por su ruda sobriedad evangélica, por su maciza unidad de una misma fe y por la audacia de unos ritmos recortados que ponen de manifiesto a tajos la potente personalidad humana de cada Apóstol en contraste con la delicada y evanescente feminidad de la Señora y Soberana de los Cielos que los preside.

Sigue en importancia la puerta principal, pieza sensacional, de 3 metros de altura por 5 de luz. Está formada por cuatro grandes hojas de bronce y dedicada a los misterios de gozo de la Virgen. Se representan en ella la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento de Cristo, la Presentación en el Templo y Jesús entre los Doctores. La calidad de la materia contribuye a la soberbia belleza de esta importantísima obra de arte.

También son de bronce las otras tres puertas. La de la fachada lateral derecha está dedicada a San Froilán, patrono de León, obispo que fue de aquella ciudad en el siglo IX. Está representado con la indumentaria y ornamentos episcopales. En el fondo se ve el plano de la catedral leonesa. La textura de esta pieza, que mide 3,50 de altura por 3 de luz, es admirable.

La puerta de la fachada lateral izquierda de igual tamaño, está dedicada a San Pablo en honor de don Pablo Díez, donante del Santuario. En una de sus hojas se ve el martirio de San Esteban donde el entonces pagano Saulo anima a los verdugos, y la conversión de Saulo en el camino de Damasco. En la otra se reproduce un fragmento de una epístola de San Pablo y se representa al Apóstol con sus atributos: la espada y el libro. En el fondo se leen los nombres de las ciudades en que predicó.

La puerta de la parte posterior es más pequeña. Mide 1,30 metros de ancho por 2,50 de alto y está dedicada a recordar la aparición de la Virgen al pastor Albar Simón Gómez Fernández, representándose en ella la piadosa leyenda que hemos narrado.

Quisieron los Padres Dominicos, con plausible criterio, que el nuevo Santuario fuese una obra de arte de nuestro tiempo. Por su parte, tanto el arquitecto como el escultor han mostrado especial interés en que tuviese un carácter específicamente español, es decir, que estuviese en su sitio en España y no pudiera concebirse emplazado en ningún país fuera del ámbito hispano. Y lo han conseguido para orgullo del arte español. Típicamente española es la fachada que, como un retablo exterior, recuerda las fachadas platerescas de Salamanca y Valladolid. Y nuestro es el exaltado expresionismo de las esculturas, versión actual del expresionismo tradicional de la imaginería española. Subirachs ha realizado lo que Berruguete habría hecho si hubiera vivido hoy.

Si León es una de las ciudades más dignas de ser visitadas de España por la fabulosa riqueza artística de su pasado, y si para los catalanes tenía, con Astorga, el aliciente de la presencia de Gaudí, la peregrinación a tierras leonesas resulta ahora obligada por la gran vidriera de Alberto Ráfols Casamada y sobre todo por las creaciones escultóricas de José María Subirachs en el afortunado Santuario de la Virgen del Camino.